



Una
Mujer
que Sueña

Margarita
Di Giuseppe

NOVELA



Editorial Forja

Una Mujer que Sueña

Margarita
Di Giuseppe

Novela



Editorial Forja

Una mujer que sueña

Autor: Margarita Di Giuseppe

Ilustración de portada: Rosario Di Giuseppe

Solapa: fotógrafa de Instagram @verocastrou

Editorial Forja

General Bari N° 234, Providencia, Santiago-Chile.

Fonos: 56-2-24153230, 56-2-24153208.

www.editorialforja.cl

info@editorialforja.cl

Primera edición: mayo 2020.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Registro de Propiedad Intelectual: N° 2020-A-2442

ISBN : N° 978-956-338-474-1

eISBN: N°978-956-338-478-9

mayo, 2020

*A Pablo por su apoyo constante y fe ciega.
A mis hijos que me inspiran con su amor.
A mis "Oasis", guardianes de que cada letra,
palabra y frase se potencien.
En especial a Ana María,
sin ella no sería posible.
A todos los que me han colaborado
de alguna forma en este libro.*

Índice

- [Capítulo I](#)
- [Capítulo II](#)
- [Capítulo III](#)
- [Capítulo IV](#)
- [Capítulo V](#)
- [Capítulo VI](#)
- [Capítulo VII](#)
- [Capítulo VIII](#)
- [Capítulo IX](#)
- [Capítulo X](#)
- [Capítulo XI](#)
- [Capítulo XII](#)
- [Capítulo XIII](#)
- [Capítulo XIV](#)
- [Capítulo XV](#)
- [Capítulo XVI](#)

Capítulo I

1996, Santiago.

Llueve y sopla el viento. El frío hace que de mi boca salga vapor. Estoy de pie en medio de una pista de aterrizaje y un avión se acerca a toda prisa para despegar. Me aparto hacia un costado, a paso rápido y con el viento sacudiéndome fuerte. Vuelvo a mirar el avión y por alguna razón sé que su destino es Buenos Aires. Siento el sonido de las turbinas y al dar la vuelta para protegerme del inevitable despegue, alcanzo a ver que donde estaba yo hay una niña tirada en el suelo. Temo por ella y le grito para ver si se mueve.

Levanta una mano con dificultad y, sin pensarlo, corro a ayudarla, dejando de prestar atención al peligro.

Tiene los ojos abiertos. Es linda, de pelo crespo y grandes ojos negros, parecidos a los míos. Intento tomarla en brazos, pero la gravedad se densifica.

-¿Dónde estabas? -me dice-. ¡No me dejes!

El avión está a pocos metros, ya no hay tiempo para huir, pero no importa, quiero quedarme con ella. La cubro con mis brazos y justo a tres metros de nosotras, el avión despegar rozando con sus ruedas nuestros cuerpos y empujándonos con la fuerza de su borrasca.

Respiro agitada y espero en el pavimento abrazada a la niña. Me late rápido el corazón mientras le acaricio el pelo mojado.

Su cuerpo comienza a desvanecerse como el vapor alrededor, hasta desaparecer por completo. Mis brazos se quedan vacíos y en la mano con la cual la acariciaba hay algo que no logro descifrar escrito con lápiz de tinta. Una persona se para frente a mí y levanto la vista. Es mi profesora de Historia que señala mis manos y pregunta

enfadada.

-¿Usted se escribió un torpedo?

Desperté justo para no saber lo que sucedía después. Era la tercera vez que soñaba con esa niña y hasta ahora los sueños con ella habían vaticinado algo. Predicciones pequeñas, como un aro perdido o una caída en bicicleta. Cosas sin importancia. Pero esos ojos negros y los rizos alocados me dejaban con el pecho oprimido.

Eran las seis y cuarto de la mañana y escuché a mi mamá despertándonos con su clásico silbido de pajarito para ir al colegio. Yo ya estaba despierta desde hacía un rato, todavía con el corazón acelerado. Me incorporé a la realidad. Arrastré una pierna fuera de la cama y me senté. Respiré profundo y traté de recordar algo alegre que me quitara la sensación de pérdida. Recordé que las vacaciones de verano estaban cerca y eso me ayudó a cambiar de pensamientos. Estiré los brazos y todo el cuerpo, me puse de pie y caminé tambaleando. Al entrar al baño, me pasé la mano por el pelo y me quedé con un manojo de cabellos largos cafés que tiré al escusado como cada mañana. Miré al espejo y me quedé un buen rato ahí, buscando algún punto negro que apretar entre las pecas de la cara. Al fijarme en mis ojos, por momentos recordé a la niñita del sueño. Sacudí los pensamientos de mi cabeza antes de ducharme. Con el agua cayéndome encima pensé en la invitación que Bárbara me había hecho para ir a su campo. Serían mis primeras vacaciones con amigas. Sonreí y me quedé largo rato bajo el chorro. Tanto que mi papá casi se va solo con mi hermana. Yo no podía quedarme, menos ese día que tenía examen.

En el colegio volví a recordar el sueño, las premoniciones y la angustia. Le conté a mi mejor amiga, Luisa. Confiaba en que ella me tomaría en serio, pues era una persona muy mística que le gustaba todo lo que tenía que ver con el mundo psíquico.

Cuando llegó Bárbara, dejamos de hablar del sueño. Esa

noche tendríamos una junta en la casa del primo de Luisa y nos interesaba saber qué informaciones nos tenía al respecto.

A la hora del recreo nos sentamos en el pasto para hablar de nuestras próximas vacaciones en Los Andes. Aprovechamos el sol para tendernos al aire libre y broncearnos un poco las piernas, tratando de mantener una postura femenina para que las profesoras no nos llamaran la atención. Bárbara era la única que se rebelaba contra el sistema y se levantaba el *jumper* con la excusa de que debajo tenía shorts. Ella nos contaba cómo era su campo. Hablaba sin mirarnos, apoyada en una muralla mientras buscaba puntas de pelo partidas. De vez en cuando, hacía pausas para tomar agua de una botella de dos litros. Ella siempre estaba muy preocupada de su cuerpo, era una de las destacadas en educación física y últimamente le había dado con que si se tomaba toda la botella, estaría más delgada. Nos decía que eran varias hectáreas, por lo que podríamos escondernos fácilmente de sus papás para fumar. Tenía caballos para hacer excursiones y prometió que se conseguiría pisco para que probáramos por primera vez el alcohol.

Todavía no se acababa el recreo y aprovechamos de hacer un repaso para el examen. Luisa y yo habíamos olvidado qué grupos conformaban a los rebeldes de la Revolución francesa. Le preguntamos a Bárbara, ella siempre sabía muy bien la materia. Cuando se acabó el recreo y fuimos a la sala, justo antes de que llegara la profesora, tuve que volver a preguntarle.

-¡Bárbara!, ¿quiénes eran los “revolucionarios”? -se me enredó la lengua al hablar.

-¡Ay, Javi, que eres desmemoriada! -me tomó la mano y escribió la respuesta.

Me quedé mirando y en la palma leí confundida: “jacobinos y girondinos”. En eso se me vino a la mente el final de mi sueño y me dio pánico. Borré las palabras

sobando rápido palma con palma. Bárbara me miró confundida.

-¿Por qué la borras? -me preguntó.

-No, no sé... -tartamudeé, mientras seguía frotándolas más despacio-. Me da miedo que me pille la profe y crea que estoy copiando.

-Estás loca -dijo con una mirada despectiva, mientras se daba vuelta y caminaba a su puesto con las manos en los bolsillos del *jumper*.

La profesora repartió los exámenes y comenzó a correr el tiempo. Me había salvado de ser atrapada *infraganti* copiando, pero de todas maneras quedé con la duda de qué hubiese pasado si no lo borraba. ¿Me hubiesen sorprendido efectivamente? Ya no podría saberlo.

¿Y la niña, quién era? ¿Era alguien importante en mi futuro? ¿Era una premonición?

2002, Buenos Aires.

A los diecinueve años llegué a esa enorme ciudad para estudiar arte. Tenía miedo, sentía que mis pesadillas se materializaban, pero todavía luchaba por convencerme de que mis sueños premonitorios no siempre se convertirían en realidad.

Me vine a la casa de mi tía Sandra, la única hermana de mi mamá. Ella pagaría mis estudios y me mantendría como a una hija. Era profesora de Arte en la misma universidad, pero había procurado no tenerme como alumna para evitar favoritismo. Llevaba veinte años viviendo en Buenos Aires y llegó siguiendo a un amor poco conveniente, al que asesinaron durante la dictadura militar. El dolor la obligó a cultivar otro tipo de pasión, un amor absoluto: el arte.

-Tía, ¿cómo lo hiciste tú? -le pregunté cuando le hacía una trenza a su largo pelo plateado.

-¿Cómo superé la pérdida de Ernesto?

-Sí.

-No fue fácil, creí que no lo superaría nunca. Pero seguí avanzando, me enfoqué en otras cosas para no pensar y sin darme cuenta aprendí a vivir sin él -se volteó y me acarició las mejillas. Limpió mis lágrimas.

Los primeros meses me apoyé mucho en ella. Lloré con frecuencia y, aunque intenté hacerlo a escondidas, ella se las arreglaba para descubrirme y aliviarme con su energía positiva. Dejar atrás a mi primer amor fue también mi primera gran tragedia. La energía se me iba por el drenaje de la herida. Varias noches, dormí abrazada al chamanto, regalo de Ángel, y con ese objeto de apego pensaba en los pocos, pero lindos momentos que pasé con él. Mi tía me levantaba el ánimo, invitándome de *shopping* o, más simple, a tomar un mate en la terraza del departamento, mirando el vecindario de San Telmo.

Me hubiera gustado tener un interruptor para apagar y encender recuerdos, un botón de avanzar o retroceder para que el tiempo se detuviera solo en los momentos felices y los malos se resolvieran sin tener que sentir la angustia.

En la primera clase, nos presentamos con una dinámica. Teníamos que dibujarnos a nosotros mismos y así dar a conocer nuestra decisión de estar ahí. Me dibujé sin pretensiones, de cuerpo completo, ojos cerrados, leve sonrisa, recibiendo los rayos de sol en la cara. Luego nos sentamos en círculo y para definirnos brevemente y mostrar a través del dibujo cómo nos sentíamos con nuestra decisión.

-Esta soy yo -dije levantando el dibujo con ambas manos y con la voz temblorosa-. Me llamo Javiera. Soy chilena. Decidí venir a estudiar aquí porque tenía ganas de cruzar la cordillera y aquí tengo una tía. Elegí el arte como lo más importante en mi vida y dejé todo lo demás atrás -aclaré mi garganta, la voz se me empezaba a entrecortar y me escondí detrás del dibujo-. Espero hacerlo lo mejor posible.

Sentí que todos se habían quedado mirándome y que el calor de la cara me seguiría durante el resto de la hora.

Entre una clase y otra, tuve un receso de media hora. No me preocupé por hacer vida social, mis sueños ya me habían anunciado que haría amistad con algunas personas y confié en que así sería. Me senté a fumar, pero el cigarro no era un fiel compañero y terminó de consumirse.

Apoyada en la muralla vi a una chica que me inspiró confianza y decidí hacer algo para no estar más sola: me acerqué a hablar con ella. Se llamaba Susana y le decían Su. Ella se definía como una mujer hambrienta, que le gustaba el arte casi tanto como las papas fritas del casino. Lo decía en broma, pero en el fondo de su discurso había una lucha no ganada. Apenas hablamos un rato y me propuso ir al quiosco de la universidad. Nos sentamos en una mesa, bajo un quitasol y la conversación fluyó como si nos hubiésemos conocido de siempre, mientras ella comía unas medialunas. Hicimos lo mismo durante la primera semana de clases y cuando ya casi no nos quedaba conversación, se acercó Diego. Venía a pedir un cigarro y se quedó para discutir cuál era el mejor movimiento artístico de todas las épocas. Me inspiraba cierto temor su apariencia: alto, rapado, con extensiones en las orejas y tatuajes en los brazos. Era el compañero de clases que jamás creí que conocería.

-¿Y qué movimiento es el que más te gusta a ti? -me preguntó Su mientras se arreglaba el abultado escote.

-Me gusta el surrealismo -dije pensando en mis sueños.

-El arte de lo imaginario -asintió Diego mirándome con los ojos enrojecidos y saltones.

Todos los años en la universidad se realizaba una bienvenida a los alumnos nuevos con una presentación de música en vivo. Diego no quiso acompañarnos, pero antes de ir, nos juntamos con él a tomar cervezas en un boliche cercano. Después nos acompañó caminando para no dejarnos solas, aunque me sentía más insegura al andar con él.

A eso de las nueve de la noche nos despedimos de nuestro